

SEGUNDA CONFERENCIA

---

# EL COMULGATORIO

por

Don Francisco de Paula Ferrer,

Bibliotecario de la Universidad de Zaragoza.



# EL COMULGATORIO

---

## SUMARIO

---

### I

Introducción, motivos y sentido que se adopta. — La exposición victoriosa, más que el frío examen, de los textos. — El descubrimiento de Gracián.

### II

Estructura de las «Meditaciones» que integran *El Comulgatorio*. — Rasgos felices del estilo del artista en esta obra: ejemplos. — Los pasajes de la Sagrada Escritura: tino y sobriedad en la interpretación. — El misticismo persuasivo del inmortal jesuita aragonés. — Subido valor psicológico de estas «Meditaciones». — Educación y adoctrinamiento de la voluntad eucarística: la Frecuencia.

### III

Conveniencia de poner *El Comulgatorio* entre nuestros libros familiares. — El libro devoto en España: defectos que lo afean. — Mi amigo el tenor de iglesia. — Mayor gravedad del mal en nuestra patria. — Las lecturas no españolas, y superioridad aplastante de nuestra Mística. — Indicación de algunas obras, que deben ser de lectura más general, y deben encauzar la evolución de la producción literaria española en este género. — Preferencia que merece en este concepto la Bibliografía eucarística, e interés que, dentro de ella, encierra *El Comulgatorio*. Sus excelencias principales: la HUMILDAD, compañera inseparable de la verdadera Penitencia: la Meditación IX. — Corolario.





EXCMO. SR.:

SEÑORES:

I

Dos palabras de salutación afectuosa y cortés reconocimiento al Excmo. Sr. Rector, cuya presencia en este homenaje a Gracián, tanto agradezco, más aún porque nos sugirió la idea de este ciclo dándonos el elevado ejemplo de sus lecturas, cuando nos decía tener siempre en su mesilla de noche la “Imitación de Cristo” y “El Criticón” y nos excitaba a laborar en pro de la mayor difusión de las obras del Belmontino. Mi saludo también a los señores profesores, y al selecto auditorio que ha venido a honrarme con su atención. Gozoso de verme entre compañeros y amigos, hoy es deber mío subir al

*poggio faticoso ed alto,*

como canta aquel verso del Petrarca: venir a esta aula de nuestra amada Universidad. Y al recordar la ciencia y los talentos de aquellos que, al glorificarse, glorificaron esta casa venerable, yo me encuentro todo cortado y confuso al considerar mi pobreza, a la que sólo puede, si no exculpar completamente, disculpar al menos, mi buena voluntad, y lo mucho que espero de vuestra cortesía y de vuestra benevolencia; y con ser esto tanto, aun pongo además lo mucho que en vuestra indulgencia confío, porque ésta siempre acompaña la intelectualidad más selecta.

Por dos razones consagro estas conferencias al inmortal Baltasar Gracián: la primera, por “el placer de elogiar”; la segunda, por contribuir, en mi modesto radio de acción, a multiplicar los lectores de Gracián, quien en España—sintamos en este momento los aquí presentes un poco de vergüenza colectiva—había

sido injusta y demasiadamente preterido, sirviendo de consuelo, entre otras mil compensaciones, que, un José Enrique Rodó, el admirable príncipe de la prosa literaria en la América española, nos hace saber, por ejemplo, cómo en la formación intelectual y artística de un prosador tan calificado como el ecuatoriano Montalvo, nuestro Gracián con Quevedo, tuvo más parte que el propio Cervantes.

En cuanto al sentido que adopto en estas disertaciones, yo he de confesaros que no siento la crítica en general, pero mucho menos la crítica negativa: mi sentido o dirección es el de la simpatía y el elogio, por invencible propensión de mi temperamento—ya lo sabéis los que me tratáis a diario, en la Biblioteca o en los pórticos—; pero esto en la inteligencia de que todos pensemos que son muchas las ocasiones, en la Vida y en el Arte, en que no se puede llegar al encomio y al aplauso, si antes no se pasa por el puente de la leal censura. Y en tal concepto, en esta conferencia, en que espero habréis de verme siempre fiel a “la exposición victoriosa, más que al frío examen, de los textos”, me veré obligado, en su última parte, a negar un puesto en el intelecto, y en el corazón de los católicos de gusto delicado a la literatura de munición que en vano se nos quiere servir, porque la Estética y la Preceptiva tienen ciertos reparos que oponer al abuso; y sabido es lo que dice el Catecismo cuando explica por qué nos persignamos, y santiguamos con la mano derecha.

Y ya a punto de pasar a ocuparme de la obra que figura en el tema de hoy, también tengo que haceros otra confesión. Yo os declaro francamente, que a mí, nadie me ha descubierto a Gracián. Empecé a leerle; y como no se puede leer a Gracián sin emoción, seguí mi natural impulso en la vía de las bellas lecturas, y vine a beber en la acequia caudalosa y musical de su verbo riquísimo. Perdonad; acequia dije, cuando Gracián es río de amplio cauce. Con este espíritu lo he leído; con este mismo espíritu aspiro a que los leáis vosotros, los que no le hayáis leído todavía. Los errores que cometa, que “errar, humano es”, yo os ruego me los advirtáis para rectificarlos cordialmente, porque aquí lo único esencial para el alma aragonesa, es que todo ceda y afluya a la mayor gloria de Gracián.

Esta conferencia es de carácter religioso literario, y esto habéis de tenerlo presente en el curso de ella, porque el tema de la obra, no es una cuestión cualquiera de Religión; es el corazón mismo de la Religión: La Eucaristía.

## II

“El Comulgatorio” se publicó en 1655, tres años antes de la muerte del autor. Alcanzó un número grande de ediciones, como os diré más extensamente en mi última conferencia; y estas abundantes impresiones prueban el favor del público, mejor que ningún otro argumento que aducirse pueda. Se publica desde un principio a su nombre—él la tenía en grandísima estima—y después de la costumbre de declarar su filiación a la Compañía de Jesús, añade ser “Lector de Escritura”, y esto mismo se lee en los anales de la Compañía, en Backer, Sommervogel y otros libros, según afirma su biógrafo Sr. Liñán y Heredia, quien le presenta como catedrático de Humanidades y notable predicador. Es indudable que profesó varias disciplinas científicas en el célebre Colegio de los Jesuitas en Calatayud, en el de Zaragoza y en otros de la Compañía.

Constituyen esta obra cincuenta Meditaciones dedicadas a la Sagrada Comunión, que el autor dice ser el “infinito regalado banquete, que celebra el poder del Padre, que traza la sabiduría del Hijo, que sazona el fuego del Espíritu Santo” (Meditación XVI, punto 2.)—Estas meditaciones se dividen generalmente en cuatro puntos, a excepción de algunas que se dividen solamente en tres; y están tan pulcra y rítmicamente compuestas, que esta disposición en cuatro puntos y en tres, recuerda los cuartetos y tercetos de los grandes músicos. Por ejemplo, en la primera de ellas, intitulada “De la plenitud de gracia con que la Madre de Dios fué prevenida para hospedar al Verbo Eterno, primer exemplar de vna perfecta Comunión”, declara el autor el objeto de cada una de las cuatro partes: Punto 1. Para antes de Comulgar.=Punto 2. Para Comulgar.=Punto 3. Para después de aver Comulgado.=Y Punto 4. Para dar gracias. Ved la estructura y modelado de estas pequeñas joyas de la Literatura cristiana; y en ellas, el maravilloso artista de la palabra que es Gracián, habla al alma del devoto, excitándola a llegar a la Sagrada Mesa en digna disposición, adecuada a la incomensurable magnitud del Divino Obsequio. Propone un tema a la consideración del lector, y lo va desarrollando en los varios puntos, partiendo cada uno de éstos en dos períodos, perfecta y claramente definidos; primero, el texto o pensamiento en que se basa la Meditación, y se-

gundo, la aplicación de lo anterior a la preparación, posición del ánimo al comulgar y hacimiento de gracias.

Este espléndido pensamiento central está en todo momento dignamente llevado y servido. El estilista se produce incesantemente en rasgos felices, que sobre el fundamento del cabal conocimiento que el autor tiene de las letras hebreas y clásicas, derraman constantemente los primores de su ingenio siempre agudo y lozano. Por cualquier parte que se abra el libro, vienen a nuestro encuentro estos rasgos: *yo os diré de algunos*:

Glosa en una Meditación, la VI, aquel pasaje bíblico de Zaqueo, el Príncipe de los Publicanos, pequeño de estatura, que no sabe cómo agenciarse el ver a Jesús. Y después de evocar la subida al árbol, dice Gracián, en el Punto 2: “Estava Zaqueo, viéndoo, Señor, muy a su gozo desde el árbol, con tanto gusto, quanto avía sido su deseo”. Y para sugerir cómo es la gratitud de un Dios, añade: “Hacíase [Zaqueo] ojos por veros, y vos, *coraçones porque os viesse*”. ¿No os parece esto verdaderamente delicado y excelso?

En la Meditación XXII, “Para recibir al Señor, con el deseo, y gozo del Santo viejo Simeón”, llega a la sublimidad moral cuando presenta a Simeón en esta forma: “no tiemblan sus brazos, *tanto de vejez, quanto de recato, regidos de su delicada conciencia*”. Y en el Punto 2 se sostiene, o diré mejor, va creciendo en inspiración: “Iba marchitándose su vida, y reverdeciendo su esperanza; cumplióle el Cielo su palabra, mejor que el mundo las tuyas; llegó al templo al punto que rayava la Aurora, y abriendo los ojos, *cansados de llorar*, reconoció el Sol Divino, entre los areboles (sic) de su humanidad; no se contentaría con mirarle vna vez, quien la avía deseado tantas: mirava aquella tierna humanidad, y admirava la divinidad [*nótese el matiz en los verbos mirava y admirava*], veía vn niño chiquito, y adorava vn Dios infinito, venerava vn Infante de pocos días, *el Príncipe de las eternidades*”.

Y en el Punto 4, acaba de monumentalizar la hierática figura de Simeón, en la grandeza del varón agradecido.... “faltándole las fuerças para rendir las debidas gracias, *escoge [este “escoge”, vale un mundo!]*, ESCOGE RENDIR LA VIDA”. Sólo los que verdaderamente son grandes escritores, alcanzan esta propiedad y esta eficacia definitiva de lenguaje.

En la Meditación XXXIV, *una de las mejores*, canta así el desarrollo del grano de trigo, encariñado observador de la alegría



de nuestros campos: “Es mucho de admirar, con qué suave fortaleza và el grano de trigo apoderándose de la tierra, penetra su profundidad, y rompe la superficie, desprecia el lodo, porque no le ensucia, y puebla el ayre donde campea; vence los muchos contrarios que le combaten, las escarchas, *que querrían marchitarle*, las nieves *que cubrile*, los yelos *que amortiguarle*, los vientos *que romperle*; y *triumfando de todos ellos*, sube, crece, y se descuella. Trueca ya lo verde de sus vistosas esmeraldas, por el rubio color de la espiga, que le corona de oro, sirviéndole de puntas sus aristas. Qué lindas campean las miesses!, si ya verdes, aora doradas, alegrando los ojos de los que las miran, y mucho más de sus dueños, que las logran”.

Cuando habla de la Santísima Virgen, probada piedra de toque donde se demuestran los más acendrados sentimientos de piedad y devoción, desde el Patriarca San José y los Apóstoles, a todos los Santos Padres y Doctores de la Iglesia: San Bernardo, San Benito, y San Francisco de Asís, entre los Grandes Fundadores; San Buenaventura, San Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio, y tantos otros, y entre los Reyes, si Castilla tiene un D. Alfonso, el Sabio y un San Fernando, Aragón puede hablar más alto que nadie con aquel inagotable patrón de excelentes ejemplos que al grito encendido de ¡Santa María! va dominando las tierras de Mallorca, la Illa Daurada, la

*estimada  
que ben jove el và emprender.....*

(en los versos de Maragal. La estimada de D. Jaume).

El P. Gracián tiene también en esta devoción esencial, como es natural, puesto un grande amor. Por esto, halla los más tiernos acentos en su Meditación XXXVII, cuando José y María, han perdido al Unigénito: “Sale la Virgen Madre en busca de su Hijo Dios, tan deseado, quan amado.....; *gimiendo và la solitaria tortolilla*, en busca de su bien ausente”. Y pasando después a enumerar con elocuencia sencilla todas las incidencias de este patético pasaje de los libros santos, *como él no sabe hacer las cosas más que a lo grande, a lo grande de alma*, no quiere terminar la meditación y el gozo del hallazgo de Jesús en el Templo, en medio de los Doctores, sin hacer a sus lectores este retrato de la Corredentora: “*Fué siempre la Virgen Madre, tan agradecida quan graciosa*”. Retrato fidelísimo de la Madre de Dios, cristiana e inspirada pintura, que ahorra largas explicaciones y encomiásticos rodeos.

Dueño Gracián de la palabra, dice lo que quiere concisamente, y esta forma que él da a lo que tantas veces se dijo (y *muchas, se dijo bien*) de Nuestra Señora, las supera a todas y se conquista nuestra predilección y adopción como la mejor y más bella. (Os hago gracia de mil y mil primores que a manos llenas ha sembrado nuestro Gracián en ésta, como en todas sus obras, y no sigo paso a paso—*¿cómo lo intentaría en tan corto espacio?*—las ocurrencias de su inagotable facundia, las sorpresas de sus imágenes, y su cálido modo de decir, porque sería no acabar, y para verlo, basta abrir, no esta sola, sino cualquiera de sus obras por cualquiera de sus páginas). “Lava las manchas de las culpas con el agua fuerte de las lágrimas”. (Meditación XVIII, Punto 2).= “La mortificación con la oración, las dos alas para bolar (sic) al Reyno de Dios”. Hermosa explicación que se lee en la Meditación XXXVIII y que pone al alcance de todos el formarse cabal idea de esas dos maneras complementarias en la vida perfecta.= “No seas tú de aquellos, que oy le reciben con triunfo, y mañana le sacan a crucificar”. (Meditación XXXIX, Punto 4). En esta misma Meditación está aquel bellissimo texto: “Quien es este que entra, [*es la entrada de Jesucristo en Jerusalén el Domingo de Ramos*]. Quien es este que entra con tanto ruidoso séquito? Preguntan los sobervios, y responden *los humildes, que le conocen mejor*: este es Jesús de Nazaret: harto responden con dezir Salvador, y florido; *pero responda el Real Profeta, y diga*: este que viene sentado en vn jumentillo, es el entronizado sobre las plumas de los Cherubines. *responda la esposa*, este blanco con su inocencia, y colorado con su caridad, es el escogido entre millares. *Diga Pablo, [El Apóstol de las Gentes]*, este que cortejan los Pueblos, es el adorado de los Coros Angélicos: *hable Isaías*, este que va rodeado de Infantes, es el Dios de los Exércitos.”

Esta concatenación de cláusulas produce un efecto maravilloso de composición, y revela por su característica arquitectura que *su autor es un orador enorme*. Efectivamente, en 1646, lo encontramos en el sitio de Lérida, arengando a las tropas que vencieron a D'Harcourt, dato que debo al Sr. Jiménez Catalán, en su hermosa monografía acerca de D. Gregorio de Brito.

Pero no cerraré este capítulo de rasgos felices de nuestro gran estilista, sin evocar ante vosotros el supremo arte con que trata los lugares de la Escritura en que interviene María de Magdala o Mejdél, la hermana pecadora, y santa después, de Marta y de Lázaro. Son varias las veces que la nombra en “El Comulgato-

rio”: Fijémonos primeramente en la “Meditación X: Para recibir al Señor con las diligencias de Marta, y las finezas de María”. Se ha quejado Marta de que María la haya dejado sola con el trabajo material, “confesando, dice Gracián, la desigualdad de su empleo”. Y entonces habla el Divino Maestro, y afirma definitiva e irrefragablemente la *superioridad del empleo espiritual*, diciendo: “Marta, Marta, toda tu solicitud de la comida del cuerpo, es turbación, y sossiego la del espíritu”. *Oh, espiritualistas!* Aun añade el Señor: “De verdad que solo vn manjar es necesario, y esse, dà vida eterna: bien supo escoger María”.=Y este es el artístico momento que elige el inmortal jesuíta aragonés, para hacer la más estupenda presentación plástica y psicológica que se ha hecho de la Magdalena en la Bella Literatura. Dice: “Què agradecida quedaría Magdalena al duplicado favor, què desengañada Marta, de que no ay otro comer, como gustar del Señor, apacentarse de su celestial doctrina, y gozar de su divina presencia”. Y para decirlo magistralmente de una vez, sólo añade estas pocas palabras, que no se van ya más del pensamiento: “No respondió palabra María, *que estava toda puesta en amar*, y agradecer.....” Que estaba *toda puesta en amar*. Aquí está verdaderamente la Santa Arrepentida! Cuantas veces he leído esta interesantísima Meditación X, aquí me he detenido, para lamentar que todo esto no sea lo conocido y admirado que merece.=Esto, por su significación altamente espiritual, como aquella primera parte de la Meditación XLIV, comentario henchido de encantadora elocuencia, pintando a la Magdalena, la santa ardiente, loca de amor, camino del sepulcro del Divino Maestro.

Si no me lo vedara el temor de fatigaros, esta y otras Meditaciones hubiera caído seguramente en la fácil tentación de leerlos íntegras. Esta Meditación XLIV, que se titula: “Para recibir al Señor con la Magdalena, como a Hortelano de tu Alma”, es, en miniatura deliciosa, un verdadero tratadito de amor místico: “Meditarás, què ansiosa madruga la Magdalena en busca de vn Sol eclipsado, apoderóse de ella el amor; assí no la dexa reposar, fuera está de sí, toda en su Jesvs amado, que no està donde anima, sino adonde ama: dexa presto el lecho la más diligente esposa; pero, ¿què mucho se le impida el dormir, à quien no se le permite el vivir?: no se quieta [*no se aquieta*] en ninguna criatura, fuera del centro de su Criador, mas ¡ay! que no vive quien tiene muerta su vida, que no se dixo por ella, à muertos, y à idos no ay amor, [*con qué naturalidad prende en el bello discurso este dicho co-*

rriente!], y finezas de quien bien ama, más allá pasan de la muerte [*este es el literato bien siglo XVII*], herida del Divino Amor, y muerta del dolor, se và ella mesma a enterrar, en el sepulcro de su amado”.

Estas cosas, ved como las dice Gracián, junto con otras voces y modismos que iríamos señalando. Por ejemplo: la palabra agrado, en el mismo sentido actual (en “El Discreto”). Y aquello de “El Político”. Mejor político fué Luis IX (que Luis XI), sin tanta màquina ni metafísica (sin tanto aparato, diríamos hoy). El espíritu de nro. pueblo está ahí. Con razón dice Costa en sus “Estudios políticos y jurídicos”, que existe un estilo aragonés, como existe un estilo castellano y un estilo andaluz. Y con la misma razón pone como el modelo de ese estilo aragonés en el siglo XVI a Antonio Pérez, en el XVII a Gracián, etc. Recojamos con emocionada unción esta fidelidad de los escritores al alma del leguaje, y regocijémonos por estas cosas que dice Gracián, como aun las decís vosotros, hombres y mujeres del pueblo, que tantas cosas buenas nos guardáis, para poder volverlas a lucir, castizos pensares, giros regionales, santas peculiaridades que ningún léxico forano puede reemplazar, en los días de gala de los renacimientos. Pero, volvamos al estudio de esta Meditación XLIV para volver a admirar en el Punto 3 otro rasgo feliz y acertado, que nos sugiere otra vez a la titular de la parroquia, que está aquí de hermana y vecina de la Universidad. Parece que la contemplamos de nuevo en aquel representativo convite de Simón leproso en que la Santa enjugó con sus rubios cabellos los pies del Salvador. Y al mostrársele ahora el Dios resucitado, el artista subraya el dulce gesto, y dice: “Arrojósele afectuosa a sus pies”, y añade: “*sabido centro de su propensión*”. Un escritor no puede decir esto mejor: de la interesante silueta sagrada comprendió el amor y el arrepentimiento; pero, además, necesitaba grabarla indeleblemente en nuestras imaginaciones con algo que fuese como la escultura acabada y perfecta, forma plena de un alma; y en esto triunfa soberanamente Baltasar Gracián con la expresión justa que no conocen los que no educaron sus facultades, con la plasmación diáfana y vibrante que sólo trae al mundo el soplo genial: (*a sus pies, sabido centro de su propensión*).

Otro aspecto digno de atención y estudio en “El Comulgatorio” es el tino y sobriedad con que interpreta nuestro autor los pasajes de la Sagrada Escritura, aplicándolos a la Eucaristía. Así es la Meditación V: “Del Maná, representación de este Sacramento.....” presenta a la consideración de nuestra alma la disposición del pueblo de Israel en el desierto, y las penalidades que éste pasa, para sacudir el yugo de la esclavitud, antes de merecer el don del divino manjar. Encarece los misterios que acompañaron a este alimento, *que no podía guardarse para otro día*, y termina excitando al que comulga a ser más agradecido que Israel, adaptando todo esto perfectamente al espíritu y la práctica de la Comunión, y ciñéndose siempre a aquellas cualidades, hechos y caracteres que tienen más estrecha conexión con el punto que trata. Asimismo compara exactamente la entrada del Arca de la Alianza en casa del virtuoso Obededón, después de la terrible muerte de Oza, con el acto de acercarnos nosotros a la Sagrada Mesa, a recibir, no una *figura*, como es el Arca del Testamento, sino la verdadera Arca que contiene, según nuestra *arraigada fe*, el Cuerpo y la Sangre de Cristo. (Meditación VIII).—En la hermosísima Meditación XIII: “De la magnificencia con que edificó Salomón el Templo, y el aparato con que le dedicó, aplicado a la Comunión”, nos invita a adecentar, y más, a adornar cuanto nos sea posible nuestro interior, invirtiendo en ello siquiera siete horas, ya que el Sabio Rey dedicó siete años a tan suntuoso Templo material. Y señala cómo Salomón, terminada su obra, se creyó cada vez más y más obligado a reconocer, publicar y agradecer los favores de Aquel que, “en competencias de dar, siempre salió vencedor”. *¡Qué bella manera de enaltecer a nuestro Dios liberalísimo!*

Del mismo modo pudiera ir señalando a vuestra consideración lo inspirado de toda la Meditación XVII, en que trata de la Presentación de Jesús en el Templo, proponiéndonos a Simeón, en párrafos a los cuales ya me he referido antes, como el modelo en que hemos de inspirarnos para recibir a Jesús Sacramentado, cantando agradecidos sus alabanzas; el convite en casa de Simeón el leproso, que es donde tiene lugar la conversión de María de Magdala, “la sedienta cierva”, como la llama genialmente nuestro Gracián, exhortándonos a llorar nuestras culpas, como lo hizo este alto paradigma de Penitencia; el contraste de aquel otro festín del Rey Assuero, en que la Reina cae en la perpetua desgracia del Rey, por no haber hecho del real obsequio el debido

aprecio, diáfana alusión a nuestra conducta; el triste éxodo de la Sagrada Familia cuando abandona perseguida “la Ciudad de las Flores” y huye a Egipto, que es ocasión y coyuntura de rogarnos con dulce instancia, que no sea nuestro corazón un destierro para nuestro Dios; la magnífica Meditación XL, en que la ardorosa y cultivada fantasía del inmortal jesuíta aragonés dibuja con mano arrebatada por altos amores, cómo llegan a la *Cena que nos dió vida*, el falso Judas, y Juan, el Aguila, trabajo de exégesis, que aun no ha sido debidamente visto y comprendido, página imperecedera de nuestra sin par Literatura mística; y, en fin, la aparición del Señor en guisa de peregrino a los discípulos de Emaús, alegoría de una íntima comunión en que el Divino Maestro les abre los ojos a la mágica contemplación de la vida de la Gracia, y para llamarles más a ella, desaparece, dejándoles la Fuerza Invencible.

\* \* \*

Pasemos ahora a examinar brevemente el carácter persuasivo del misticismo en Baltasar Gracián. Y empecemos por recordar que ya desde la primera Meditación quiere llevar nuestro ánimo a considerar qué ejemplos deben ser nuestra luz y oriente. Dice: “Y si la Virgen para concebir vna vez al Verbo Eterno se dispone tantas, tú para recibirle tantas, procura prepararte *esta*”. Y en otra parte dice: “¿Qué puedes desear en esta vida, aviendo llegado a Comulgar?” (Meditación XVII, Punto 3).=¿Y cómo no comentar el Punto 4 de la Meditación, cuyo tema es: “De la oveja perdida, y hallada, regalada con el Pan del Cielo”, que es la XXII? El lenguaje de persuasión se afina en este lugar de “El Comulgatorio” a un acordado son tan encantador, que yo llamaría con gusto a este fragmento el “Idilio de la Gracitud”: “O amado Pastor mío, và diziendo, y lo que os debo, [*notad la tonalidad efusiva, cómo se desborda!*], y quién pudiera pagarlo. Otros Pastores se comen sus ovejas, y yo me como a mi Pastor; ellos las trasquilan para vestirse, y Vos os desnudáis para vestirme: ellos las desuellan, y Vos quedáis todo lastimado para curarme: ellos las tiran el cayado, y Vos me ponéis sobre los ombros: ellos las encojan, y Vos me sanáis: ellos las despeñan, y Vos me lleváis a cuestras”. [*Aquí hay una repetición respecto del llevar sobre los hombros, pero ella no afea lo lindo del idílico cuadrado, el cual se*

*continúa de esta suerte:*] “¿Qué gracias os daré yo, Señor, por tantas misericordias? Correspondan mis favores a vuestros favores, cantaré eternamente un cantar nuevo” [*esta forma o expresión ha gozado de gran favor y predicamento entre los poetas, desde la llamada generación intelectual del 98*], etc. Y qué corazón sano, criado para el Bien, no se enternece y conmueve, al hallar en su lectura este Punto 3 de la Meditación XXXIII, después de retratar los inhospitalarios habitantes de Belén, cuando aprietan a nuestra dulcísima Madre los dolores del alumbramiento: “Estava el Verbo Encarnado, sin tener donde nacer”; [*por debajo de esta noble prosa corre un ritmo poderoso*]; “no siente tanto, que en la que ha de ser su Pátria le estrañen, quanto que en la que es Casa de Pan, no le reciban [*a El, que ha de ser el Pan Sobrenatural de la Vida Eterna*]. O como le acogerían los Angeles en medio de sus aladas Gerarquías! Como le alvergàra el Sol, y le ofreciera por tálamo su centro! Como el Empíreo se trasladàra à la tierra, para servirle de Palacio!” [*Y se entabla el proceso persuasivo del catequista al alma cuya cura le está encomendada*]. “Pero esa dicha, à ninguno se le concede, solo se guarda para tí. O tú, el que llegas à comulgar, ofrécele à este Niño Sacramentado por alvergue tu pecho; rásguense tus entrañas, y sírvanle de pañales las telas de tu corazón”.

Y no transcribo más de esta Meditación, porque ya véis en lo que va copiado, el arte de persuadir que nuestro místico despliega, llevado por un impulso de caridad que diríase que lo ha de consumir interiormente. En el Punto 3 de la Meditación XXXIV, cómo avalora la ganancia del dueño de las mieses y mueve el pensamiento humano a aquilatar el gran provecho, destacándose en este texto vigorosamente, a la par que la más hábil persuasión, el carácter práctico de nuestro pueblo, que no se paga de palabras, y quiere ver resultados. Y para esta razón añade, aplicándolo a la Eucaristía: “Pondera, que si todo esto obra vn granito material de trigo en poca tierra, ¿què no hará el Grano Sacramentado en el pecho del que dignamente le recibe?” Quiere Gracián que este beneficio se conozca en nuestro agradecimiento, *que le guardemos dentro de nuestro corazón*, pues es todo nuestro tesoro. “Mira no abras puerta a las culpas, *que te le robarán*”. (Meditación XXXVII, Punto 4). *Te reconozco, noble sacerdote aragones!* El religioso, encendido, literalmente abrasado en ardor de caridad y amor al prójimo, no quiere, *no puede consentir*, que el alma que ganó para la legión de Cristo se le escape ignominiosa-

mente: “Mira, no abras puerta a las culpas, *que te le robarán*”. Qué grito tan simpático en un sacerdote! El verbo catequístico de nuestro insigne jesuíta debate denodadamente—*a brazo partido*, os diría, si me permitiérais la frase—en lucha bizarra con el Espíritu del Mal, que nunca duerme.

En la segunda parte del Punto 4 de la Meditación XXXIX hace resaltar cómo después de tantos vótores el Domingo de Ramos, “no se halló quién le ofreciese [a Jesús], ni vn rincón de su casa”, y conmovido el escritor ante la crueldad de este desamparo, logra infundir este sentimiento a su lector, para ganar de él reciba al Señor, *con obras, con hechos, prácticamente*. El catequista se eleva a los más encumbrados acentos, en su propósito de convertir al devoto a que practique. Y toda la meditación XLI es de un gran valor para persuadir, yendo en aumento el dramático interés y la adhesión de nuestro corazón al Señor, en su Pasión dolorosísima, del Punto 1 al 2, y del 2 al 3 y último. Se presta la reflexión detenida de esta Meditación a una multitud de aplicaciones diversas de parte de cada comulgante, *individualmente*. Y este mismo raro valor campea en aquel inolvidable Punto 2 de la Meditación XLVI; que no hay alma verdaderamente humana, que no acepte “el extremo de vn bienhechor que llega a morir por el mismo que le mata”—dice el texto—y que no comprenda que Dios pudo salvar el alma del hombre de otra forma menos costosa para él; pero Gracián, inspirándose en la más pura ortodoxia, realiza con éxito en esta parte aquel sueño del Doctor Iluminado de la Teodicea racional, y hace llegar nuestro entendimiento a la evidencia de que un Dios enamorado tenía que afrontarlo todo: el escarnio, la injuria, y antes de la muerte, aquel sorbo más amargo que la hiel y el vinagre, el abandono del Padre.

Y llegamos al trance de *la terrible persuasión*, a la Meditación L, “Para recibir el Santísimo Sacramento por Viático”. En este último capítulo, el estudio persuasivo, que nuestro Gracián enriquecía profusamente de atractivos sin cuento (como en aquella Meditación XXXIV, en que el Pan de la Gracia es comparado con el grano de trigo, amorosamente estudiado en su biología entera), se atavía severamente, y llama a todo nuestro ser, *habla al alma—jamás se pudo eso decir con más propiedad—*, acompañando la voz y el ritmo al tono patético que requiere el inevitable tránsito. “Vàs deste mundo al otro, desde essa cama al Tribunal de Dios”, “dé voces essa lengua, pidiendo perdón, ántes que de todo punto se pegue al paladar”. La terrible Verdad arroja lé-



jos de sí los velos de toda convención: *el Sacerdote*, desde lo más austero de su recta conciencia, la muestra, pero dando también la célica Medicina. “*Aviva tu fé, hermano mío*; y considera, que recibes en esta Hostia à aquel Señor, que dentro de pocas horas *El mismo* [*¡Qué elocuencia hay en este “El mismo”!*] El mismo te ha de juzgar”. Y aquí vuelve a resplandecer lo característico y étnico del inolvidable jesuíta: El religioso, católico y aragonés, representativamente, indisolublemente aragonés y católico, quiere evitar, *ahora que aún es tiempo*, con la severidad de esta Meditación, la eternidad de la condenación; quizá en este instante, con la celosa previsión que empleara para el que, *llamado aprisa y a deshora*, tuviera que ayudar a bien morir. Quiere conquistar aquí el sagrado temor para lograr allá, para su pobre almíca doliente, “las promesas de Nuestro Señor Jesucristo”. *Ved cómo el fin práctico se ha transfigurado inmarcesiblemente en el fin último*. Y nuestro Sacerdote, el buen Religioso de Aragón, pelea *como un león*, por cada uno de nosotros.

Su mente comprensiva trae para cada uno las flores de la Biblia. Al llegar al Punto 3, las sombras se disipan, los textos del anciano Simeón, *uno de sus predilectos*, de David, San Pablo, San Esteban y *del mismo Divino Crucificado en el Gólgota*, difunden sobre nuestras almas unas dulces claridades de arrepentimiento, obediencia, gratitud y confianza. Y corona la Meditación postrimera, hablando siempre amablemente al alma insensible, para persuadirla a no vivir y morir más que dentro de la ley de Dios, haciéndole ver cuánto más suave que la de Jesús, puede ser, *si quiere*, su muerte; y *llama a la llaga del Costado de Cristo, puerta del Paraíso*.

La erudición escrituraria del P. Gracián, nunca es pedantería: fluye naturalísimamente, desembocando, por decirlo así, en los temas tratados, como el Gállego en el Ebro, y el Ebro en el mar. Por eso, lleva al lector donde quiere; por eso, *es un catequista*.

\* \* \*

*Y puede hacer esto, porque sabe psicología*. De ello poseemos copiosa demostración en toda la Obra de Gracián, pero sin salir de “El Comulgatorio”, luego hallamos pensamientos tan penetrantes y certeros como los que encierra la Meditación XX: “Entiende, alma, que si has de gozar oy de aquel Divino panal (*es el*

comentario, de la lucha de Sansón con el león), debes primero disponerte para pelear, no menos que con Leones”—y aquí, conociendo cuán fuerte resistencia opone siempre el alma humana a sacrificar su pasión dominante, *aunque despida los vicios menores*, añade: —“que has de *desquixarar* (1) el vicio rey, el que en tí prevalece, el que tantas veces te ha ultrajado”. Oh, admirable psicólogo del pobre corazón del hombre, cien veces dispuesto a romper las cadenas de los siete pecados capitales, y otras cien reincidente y náufrago en el recio temporal del mundo.

“Serás más tentado el día de la Comunión”—dice en esta misma Meditación. Y en la XXI y en la XXXVI, pone su docta elocuencia un verdadero cerco a la hipocresía y a la tibieza de las almas esclavas y enfermas del mal de siglo.

Con este formidable tren psicológico es como Gracián puede acometer la magna empresa de educación y adoctrinamiento de la voluntad eucarística, matizando y coronando esta gloriosa actuación con el complemento de la comunión frecuente, Porque, hemos de entender, para que nuestra voluntad vaya bien dirigida, que si Nuestro Señor “franquea” al tibio creyente Tomás las heridas de su Pasión, “a la Magdalena fervorosa las retira, que son para los flacos las blanduras, quando para los fuertes las pruebas”. Nos recomienda la Soledad: contrasta a Judas con San Juan. “*Nos prepara para los naturales desmayos de la voluntad*: nos avisa y conforta; pero no contentándose con esto, ha tenido buen cuidado a lo largo de todo el libro de vigorizar, perfeccionar e instruir esta nuestra voluntad, previniéndola contra los morales colapsos que la dejan desvalida e inerme. En esto es Maestro como en todo: *quiere que seamos nosotros los que queramos, y nos salvemos*“. A este fin, las Meditaciones XLVII, XLVIII y XLIX contienen un conjunto de preceptos para comulgar en las festividades del Señor (Epifanía, Circuncisión, Transfiguración, etc.) y en las de los Santos (y particulariza en Santiago el Mayor, San Felipe, San Andrés, San Matías, San Pablo Apóstol, San Lorenzo, San Ignacio, San José, Santa Teresa, Santa Catalina, San Agustín, San Francisco de Asís, San Bernardo y algún otro), adoctrinando en cada caso nuestro espíritu respecto del orden de pensamientos que han de despertar en nosotros una firme voluntad, *incommoviblemente* orientada hacia este Pan sobrenatural. Pero en la XLIX declara categórica-

(1) Desquixarar, desquijarar, romper la quijada, como hizo Sansón al león.

mente el designio de que, después de las lecciones recibidas, *seamos nosotros mismos* los que inventemos y construyamos nuestras propias meditaciones eucarísticas. El genio de nuestra raza, que aletea mayestáticamente en la soberana mente del inmortal jesuíta aragonés, *no se queda satisfecho* si no se llega a este beneficio real y positivo. Y escribe: “Conforme a las Meditaciones que aquí se han propuesto, puedes tú sacar otras, que por ser hijas de la propia consideración, y *averte costado trabajo* (*¡siempre el clarividente psicólogo!*) y *averte costado trabajo*, suelen despertar mayor devoción”. Y en los tres Puntos de esta Meditación, valiéndose, en un misticismo naturalista, del símil universal y sencillísimo—oh simplicidad eficaz!—de la madre y el hijo—enseña a contemplar, a pensar y a conocer; y como conocer es vía de amar, también a amar enseña; y esta dulce y fecundísima enseñanza, para en aprender a agradecer, que es la más gloriosa pedagogía que han visto y verán los cielos y la tierra.

Y es claro, Gracián ha de ser y es *un entusiasta de la Comunión frecuente*. (Dice en la Meditación XIX, Punto 3): “Cómele con gana [el *Pan Eucarístico*], pues se te dá con fineza; *recíbele con frecuencia*, pues se comunica con abundancia; y si vn bocado de aquel pan milagroso [*alude* a la multiplicación de los cinco panes—*¡esto sí* que es una Ciencia, y una Acción Económica, viva y fecunda, *como divinas que son!*]. Si vn bocado de aquel pan milagroso, lo comieras con indecible gusto, logra éste, tanto más sabroso, quanto sabe todo à Dios.”—Y en la Meditación XXIX “saca vna bien reconocida enmienda, y vn deseo eficaz de *frequentar este sumptuoso banquete*”.—Y en la XXX: “O Alma, si conocieses tu dicha, cómo la estimarías..... *Repíte su memoria cada instante* [*¿veis?, el fundamento espiritual de la frecuencia!*], y *frequéntalo cada día*”. Hemos llegado a la razonada recomendación de la Comunión diaria.

“O, que bien parece el campo de tu pecho con las ricas miesses de tantas, y tan fervorosas Comuniones” (Meditación XXXIV). Estos mismos sentimientos animan el Punto 3 de la Meditación XLI, su hermoso final; y el 4 de la XLII. Y en la conclusión de la XLVI, ya conduce de la mano todo nuestro ser, y va dictando serenamente: “Llámase este Divinísimo Sacramento Eucaristía, que quiere dezir buena gracia, porque siendo gracia infinita que el Señor nos haze, solicita el perpétuo agradecimiento en el que comulga; no ay (sic) otro retorno al recibirle vna vez,

sino bolberle a recibir otra, ésta es la mayor acción de gracias.....”  
Oh, cuánta Paz!

### III

“El Comulgatorio” (del cual ya existen excelentes ediciones contemporáneas, así como las hay también de “El Criticón”—la Obra Maestra del autor—de “El Discreto”, etc.) debe ser un libro corriente en Aragón, por su contenido religioso y por su mérito literario: conviene que lo pongamos entre nuestros libros familiares, porque en él hallaremos en todo momento un consejo certero, un pensamiento bello, y una base de sana meditación. La lengua castellana, además, ha corrido en este libro por sus cauces más puros: todo es aquí sencillo y limpio. En nuestras centurias, no abunda ya en la Península Ibérica este pan tan blanco. ¡Qué cosas leemos!

Y es, que esto del libro devoto en España *es una verdadera desgracia*: donde debimos poner nuestro mayor orgullo, hemos dejado cebarse la humedad y el polvo. En cuanto a la redacción, composición y tónica general, el mal gusto, la sensiblería y las desdichadas comparaciones, ya más de dos veces seculares, lejos de corregirse, se han acentuado con las ñoñerías del modernismo, el impresionismo y las mil ridiculeces de la moda, que nada ha perdonado. Hemos llegado, por mercantilismo y otras causas, a verdaderas irreverencias.

En estos tiempos, en que hasta el bar se ha creído en la obligación cívico-estética de tener una pianola como mejora artística, *lo peor lo guardamos para la Iglesia*. Permitidme recuerde un amigo vascongado que tuve cuando estudiaba en Madrid, quien se hacía las mayores ilusiones como tenor de ópera, hasta el punto que el mismísimo Teatro Real le parecía marco pequeño para sus facultades. Por causas que no es oportuno detallar ahora, la voz del amigo fuese obscureciendo un tanto, y, finalmente, decayó en tales términos, que los que ardíamos en deseos de ir a aplaudirle en “Tosca” o en “El Barbero”, oímos un día con estupor de sus propios labios de “divo”, que había decidido renunciar al teatro. Quedamos como de piedra los circunstantes, y él, ahogando la emoción, prosiguió: “Sí, amigos míos, voy a hacerme tenor de iglesia: *los Santos no silban.*”

El mal es verdaderamente grave, y mucho más de lamentar en España. Porque, si se han producido fuera de España obras como la “Imitación de Cristo”, la “Introducción a la vida devota”, las “Floreillas”, de San Francisco de Asís, las “Revelaciones de Santa Brígida devota” y otras que conocéis, en pasadas edades; y como las de De Maistre, Ozanam, Ernesto Hello, y otras que tampoco ignoráis en lo moderno, no se puede desconocer que *en conjunto* nuestra Literatura mística y ascética es la más rica y nutrida de Europa. ¿Por qué entregarse a escribir y publicar aburridas insulseces—y *hago aquí todas las salvedades que unas cuantas honrosas excepciones merecen*—, por qué desterrar el buen sentido y el Buen Gusto de los libros devotos, en las tierras peninsulares que han dado al alma cristiana el “Símbolo de la Fé” y la “Guía de Pecadores”, “El Memorial de la vida cristiana” y sus “Adiciones”, y las “Meditaciones muy devotas”; los “Nombres de Cristo”; “La Perfecta Casada”, manantial inagotable de enseñanzas para la mujer cristiana, la “Exposición del libro de Job”; “Las Moradas, los “Conceptos del amor de Dios”, el bellísimo “Camino de perfección”, y como lecturas cortas, las “Exclamaciones”, los “Avisos”, muy provechosos para religiosas, y muchas de las cartas y escritos sueltos de la Doctora de Avila; los “Ejercicios espirituales”, de San Ignacio de Loyola; “La Instrucción de la mujer cristiana”, de Juan Luis Vives; el “Cántico espiritual entre el Alma y Cristo”, la “Noche oscura del alma”, la “Instrucción y cautelas” (propia para religiosos) y los “Avisos y sentencias espirituales”, de San Juan de la Cruz; la parte religiosa y moral de la obra de D. Francisco de Quevedo; el “Tratado de la Tribulación” y el “Tratado de la Religión y virtudes que debe tener el Príncipe cristiano”, de uno de los prosistas de más enjundia que han escrito en lengua castellana: el P. Pedro de Rivadeneyra, toledano, de la Compañía de Jesús; y la “Mística Ciudad de Dios”, de la venerable Agreda; y los “Discursos de la Paciencia Christiana”, de Fr. Hernando de Zárata; y “La Conversión de la Magdalena”, de Fr. Pedro Malón de Chaide; y “La Conquista del Reino de Dios”; y las monumentales “Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares” y el precioso “Manual de vida perfecta”, donde está aquel hermosísimo diálogo de la “Preparación del entendimiento para contemplar”, del franciscano Fr. Juan de los Angeles; y el “Tercer abecedario espiritual”, su autor Fr. Francisco de Osuna; y otras producciones de Fonseca, Alonso de Cabrera, Fr. Diego Murillo, D. Pe-

dro Zapata y Fr. Antonio Arbiol (que de un modo tan completo puede estudiarse en nuestra Biblioteca Universitaria); Hernando de Talavera, Alexo Venegas y Fr. Alonso de Madrid. Y aún tendremos además el tesoro de poesía sagrada diseminado en los Romanceros y Cancioneros, y en el mismo Teatro, principalmente en el de Calderón y de Lope. Volviendo los ojos a Portugal, no ha de reducirse el interés a los autores que indicaba un crítico tan avisado como el Sr. Navarro Ledesma: Fr. Antonio das Chagas, Fr. Francisco de Portugal y D.<sup>a</sup> Bernarda Ferreira de la Cerda; pues no hay que olvidar que han tenido un poeta místico y ascético del mérito de Fr. Agostinho da Cruz y predicadores del fuste del P. Vieyra, acerca del cual hay en la Bibliografía lusitana obras como la de Lucio d' Azevedo: *Historia de Antonio Vieyra. Com factos e documentos novos*, y Luis Alvarez y Diego de Paivá. Y la Literatura catalana nos da con Raimundo Lulio, Fr. Francisco Eximemç, San Vicente Ferrer: cuya "Contemplació de la Missa" no debíamos dejar de la mano, y Sor Isabel de Villena (casi desconocida hasta hace pocos años), y otros autores medievales y modernos, un estimable caudal ascético y místico. Y aun quedarían, para los que pueden saborear estos deleites, "El Libro de los Euxemplos", del Infante D. Juan Manuel; y el "Libro de las consolaciones de la vida humana", por nuestro recio Benedicto XIII; y el "Libro de las claras é virtuosas Mugerres", del condestable de Castilla D. Alvaro de Luna, que nos dió Castillo en edición crítica bastante cuidada.

Dispensad, que me excedí en el júbilo de convocar tantos escritores españoles: no necesitáis vosotros los que me escucháis este recuerdo; más bien convendrá que salga fuera de este recinto para advertencia de futuros editores, y para que corran por las manos de los católicos españoles las obras que nuestros autores compusieron para nuestra edificación interior, y no esos tristes engendros de último cuño; "porque en el servicio de Dios se debe emplear lo mejor".

En este concepto merece preferencia la Bibliografía eucarística, por la augusta naturaleza de su asunto, y dentro de ella, nosotros siempre hemos de tener presente, y Aragón ha de reivindicar, el máximo interés que encierra "El Comulgatorio", que si no es (no nos resistamos a confesarlo) una obra de primera magnitud en el concierto de la Mística nacional, tiene en su género y especialidad, cualidades tan extraordinarias y excelentes, que la hacen digna de toda nuestra admiración, de todo nuestro cariño,

y de que la adoptemos, *porque es muy nuestra*. Porque, además de su gran fuerza persuasiva, que hemos probado anteriormente, tiene un valor inapreciable *para "el católico práctico"*; y tiene, dejad que os lo diga por fin con toda la efusión de mi alma, tiene este título para nuestra entusiasta predilección: LA MARAVILLOSA ELOCUENCIA CON QUE ES ENSALZADA EN ESTA OBRA LA HUMILDAD, COMPAÑERA INSEPARABLE DE LA VERDADERA PENITENCIA.

Oid la Meditación IX: "Para llegar a comulgar con el encogimiento de San Pedro":

"Punto 1. Considera, que si Juan mereció recibir tantos favores de su Divino Maestro por lo virgen, Pedro los consiguió *por lo humilde*; Juan fué el Discípulo amado, Pedro el humillado; *avía de ser Cabeça de la Iglesia*, y superior de todos por su dignidad; pero él se hazía pies de todos *por su humildad*. Lo que le arrebatava el favor en las ocasiones, le detenía en su encogimiento, no osava preguntar al Señor, y assí el Señor le preguntava à él: quando los otros pretendían las primeras sillas, él no se tenía por digno de estar delante de su Maestro. Agradado el Señor deste encogimiento, dexando las otras barcas, entra en la suya, *desde ella predica*, y en ella descansa: llevaba Pedro las reprehensiones, pero gozava de los especiales favores. \* [Ahora, la glosa eucarística] Pondera, que buena disposición ésta de *la humildad* para llegar à recibir à vn Señor, *que se agrada tanto de los humildes*: y para aver de Comulgar, procura prevenirte deste santo encogimiento; retírate, reconociendo tu baxeza, para que el Señor te adelante à gozar de su grandeza; *siéntate en el último lugar en este divino combite*, que el Señor te subirá más arriba; *humíllate* quando más quisieres agradar a vn Señor, *que se le van los ojos tras los mansos, y pequeños*.

Punto 2. Desvelados los Apóstoles trabajaron toda vna noche, y nada cogieron, porque no les assistía su Divino Maestro; estaban à obscuras sin su vista, y de valde sin su asistencia; que *donde él falta, nada sale con felicidad*. Passó ya la noche [de] su ausencia, amaneció aquel Sol Divino, y todo se llenó de sus alegres influencias. Abrió San Pedro los ojos de su fè, y conocióse à sí mismo, y à su Divino Maestro; reconoció su propia flaqueza, y el poder del Señor; su vileza, y su grandeza; en sí halló nada, y en Dios todo; y assí dixo: Divino Maestro, toda la noche hemos remado, y nada conseguido, que sin Vos nada somos, y nada valemos; mas aora (sic) *en vuestro nombre calaré las redes*: executólo

con esta confianza, y logró el lance con doblada dicha, pues pudieron llenar ambas barcas de la abundante pesca. \* [Ahora, el comentario]. O Alma mía, tú que andas toda la noche desta tenebrosa vida, çoçobrando en el inconstante mar del mundo, donde no ay hallar seguridad, ni sossiego: oye lo que el Señor desde aquel viril te està diziendo: Echa el lance de tus deseos à la mano derecha de las verdaderas felicidades, y llenaràs tu seno de los eternos bienes: cala la red àzia el cebo de esta Hostia, y te apacentaràs, no ya de los sabrosos pescados, sino de mi mismo Cuerpo. Mírale con los ojos de la fè de Pedro, vè careando tu pobreza con su riqeza; tu cortedad, con su infinitad; tu flaqueza, con su omnipotencia; tu nada, con el todo, y dile: Señor, sin vos, nada soy, nada valgo, y nada puedo.

Punto 3. Confúndese San Pedro, considerándole pecador ante aquella inmensa Bondad, aniquílase flaco ante el infinito Poder, y lleno de *humilde encogimiento*, viéndose en presencia del Señor, exclama temeroso, y dize reverente: Señor, apartaos de mí, que soy un gran pecador: retiraos, ya que no puedo huir de Vos [*no se lo permite su amor al Autor de todo lo creado*]; que fué dezir: Quién soy yo? Quién sois vos, Señor? Yo, una vil criatura, vos el Omnipotente Criador: Yo, la misma ignorancia; Vos, Sabiduría infinita: yo frágil, que oy soy, y mañana desaparezo; vos indefectible, y eterno; yo, vn vil gusano de la tierra; vos, el Soberano Monarca de los Cielos: yo, flaco; vos, todo poderoso: yo, corto; vos, inmenso: yo, pobre mendigo; vos, la riqueza del Padre: yo, necessitado; vos, independiente [así dize el texto, independiente]: yo, al fin, nada; y, vos, todo. Señor mío, y Dios mío, cómo me sufrís en vuestra presencia?—[Ahora, las reflexiones que se derivan]: O Alma mía, con quanta más razón podrías tú exclamar, y dezir lo que San Pedro? Que si èl *por solo estar delante del Señor*, assí se confunde, se aniquila; tú, que no solo estàs en su Divina presencia, sino que le tocas con impuros labios, que le recibes en inmunda boca, que le metes en tan villano pecho, que le encierras real, y verdaderamente en tus viles entrañas, como no dàs voces, diziendo: Señor, retiraos de mí, que soy el mayor de los pecadores? Cómo me podéis sufrir ante vos, Dios mío, y todas mis cosas? Yo nada, y todas las nada. Con què reverencia, con què pasmo, con què confusión avías de llegarte à comulgar, à vista de tan inmensa grandeza!

Punto 4. No le echa de su presencia el Señor à Pedro, antes le vne más estrechamente consigo; *està tan lexos de apartar los*



*ojos de su humildad, que se le van tras ella*: no le niega el rostro, franqueale sí el corazón; y agradado de su recatado encogimiento, trata de encomendarle sus tesoros, las margaritas más preciosas, y que más le cuestan, sus corderillos, y ovejas. Quedó Pedro tan agradecido, quanto antes retirado, *dos vezes confundido* de la repetida benignidad de su Señor; y si antes se negava a su presencia, ya se adelanta à su alabança, *desempeñando humildades* de su desconfiança, en animosos agradecimientos de su dicha. \* [Ahora, la aplicación a la comunión, dando gracias]. “O Señor mío, y todo mi bien! Quanto más obligado me reconozco yo oy, quando llego à recibiros, pues no solo me permitís estàr ante vuestra infinita grandeza, sino que os dignáis de estàr vos mismo, real, y verdaderamente dentro de mi pecho, vos en mí, y yo en vos, que sois mi centro, y todo mi bien: sea yo tan puntual en los obsequios, como vos generoso en los favores; no se muestre villano vn pecho tan privilegiado, y favorecido, y sea la confesión de mi vileza, pregón repetido de vuestras inmensas glorias. Amén.” Hasta aquí la Meditación IX. Pero insiste en otros lugares: verbigratia: “Atiende como salen *los humildes* a recibir *el humilde Jesús*. [Es Domingo de Ramos!], los pobres al pobre..... Salen con ramos de olivo pronosticando la paz, y con palmas la vitoria. No salen los ricos detenidos con grillos de oro, no los sobervios..... ni los regalados, *cuyo Dios es su vientre*; assí que, *los humildes* son los que se llevan la palma, y aun el Cielo.....” (Meditación XXXIX). Esta constante afición de Gracián a la Humildad (que no está reñida con la digna independendencia), se confirma, entre muchos pasajes de sus obras, en aquel bello Triunfo de la Humildad de la Crisi X de la 2.<sup>a</sup> parte de “El Criticón”. (Crisi que se titula “Virtelia encantada”), donde Lucindo enseña cómo entran “los pequeños, los menores, y aun los mínimos” en el Palacio encantado donde hallan las virtudes y la Perfecta Belleza.

En otro lugar dice que Dios hace consistir la verdadera nobleza en la virtud: alza a Abraham y al Serafin de Asís como ejemplos *de humildad*; y si habla de los Reyes Magos, su pluma escribe: “Mostráronse los Magos liberales en las obras, no menos en los agradecimientos, y alabanças del Señor, *procedieron en todo como Reyes*, en cuyos corazones no caben *cosas pocas*”. (Meditación XXVII). Lo mismo ensalza *la humildad* que dignifica las altas jerarquías, que han de ser llevadas con magnanimidad, para que así pueda producirse la armonía social. *Este sentimien-*

*to religioso del orden* le hace exclamar en otra obra suya, en las “Selvas del año” (“Selva cuarta del Otoño”):

Y vos, fruto infeliz, níspero duro,  
También, à emulación de la granada,  
Guarnecéis con Diadema  
La cabeça villana,  
Por Reyna no, por àspera Tirana.  
(Que importa poco la Imperial Corona  
Sino es digna de Imperio *la persona*).

Y en el “Oráculo”, “que hasta vn Rey se ha de venerar, más *por la persona, que por la extrínseca soberanía*”.

### COROLARIO

Maestro de Humildad, recia encarnación del sentir democrático-cristiano de Aragón, que no sueñas con otra asamblea que el concilio de los justos, y la *Congregación de los Buenos* (que es *el Sindicato* que deben instaurar los varones honrados); fuerte escritor, ingenio de una raza entera; religioso ejemplar y *humildísimo*, que aun quieres más pobreza, MAS HUMILDAD, y pides, a las puertas de la muerte, ir *a los Mendicantes*: héroe de abnegación, contigo queremos comulgar todos *los españoles de buena voluntad*.

Por hoy, he terminado.

